

Lunes, 14 de octubre de 2019

“Que mi vida sea una señal clara orientada hacia Jesús”

Rm 1,1-7 Hemos recibido la gracia para contagiar la fe a todos.

Sal 97,1-4 Aclame al Señor toda la Tierra.

Lc 11,29-32 Aquí hay alguien que es más que Jonás.

“Hermanos, nosotros que conocemos a Dios o mejor dicho, que el amor de Dios nos ha alcanzado, no podemos volver a lo que piensa el mudo, pues hemos conocido la Verdad y dejarnos esclavizar por las costumbres del mundo” (Ga 4,9); pues hemos recibido la gracia para contagiar la fe a los demás.

Muchas personas no conocen a Dios, y, aunque lo buscan, nadie se lo predica. Para eso cuenta con nosotros, sus profetas por el bautismo, para enviarnos a darle a conocer.

Jesús es la Encarnación de Dios, nos revela cómo es el Padre, su inmenso amor y su gran misericordia. Con su vida, muerte y resurrección nos ha rescatado de la esclavitud, el amor del Padre nos hace hijos de Dios.

A lo largo de la historia, Dios suscita hombres y mujeres santos, en los que vive y actúa el Espíritu de Jesús; y sus testimonios de vida nos muestran el camino.

Dios también nos elige a nosotros, para que nuestra vida unida a Cristo, nos haga hijos, que muestran su relación de amistad y manifiestan ese amor del Padre amando a las personas que nos confía, y de este modo encuentren y saboreen lo amados que son por Dios.

Señor, te damos gracias por habernos dado a conocer tu amor. Gracias, porque hemos experimentado la gran misericordia de tu corazón, que nos mimas y nos permite dar gratis lo que gratis hemos recibido de tu generosidad. Ayúdanos a permanecer unidos a Ti y, alimentados por la relación contigo en la Eucaristía, la oración..., y fortalecidos por tu amor, proclamemos con gozo y valentía la alianza que haces con cada uno de nosotros, y manifestemos y seamos encarnación de tu Amor.

Hemos conocido el amor y hemos creído en él.

Sábado, 19 de octubre de 2009

“Dios nos ama con locura y nosotros somos necios si no le amamos”

Rm 4,13.16-18 Abrahán fue padre de muchas naciones por la fe.

Sal 104,6-43 Dios se acuerda siempre de sus promesas.

Lc 12,8-12 El Espíritu Santo os enseñará todo.

Necesitamos ser personas de Espíritu, para tener a Dios y encarnar a Jesús en nosotros. Por tanto, ser del Espíritu significa estar a la escucha de la palabra de Dios para hacer su voluntad. Es su Palabra la que se nos da y se manifiesta en los que le siguen.

Abrahán escuchó a Dios, fue fiel, y contra toda esperanza Dios le constituyó padre de muchas generaciones. Escuchar a Dios cambia la vida, pues la realidad del Dios Vivo es asombrosa, sorprendente, inabarcable, y sus proyectos inimaginables para nosotros.

La fe aporta al creyente una “luz” sobrenatural y la gracia de Dios nos añade un conocimiento superior y una experiencia más profunda y personal, pues es su Espíritu el que clama: Abba, dentro de nosotros recordándonos que Dios es Amor, es Padre; que somos amados incondicionalmente por Dios, con una “locura” tal, que se mete en nuestra historia haciéndose hombre en Jesucristo para ser nuestro redentor y camino de vida. Experimentar ese Amor posibilita vivir la alegría interior, amar a los hermanos y construir un mundo fraterno.

Si Cristo es el amigo que llena la vida, ¿cómo voy a negarle? Proclamarlo es parte de mi vida, para que otros lo vivan. Si experimento y disfruto ese Amor de Dios, el gozo se prolongará hasta la vida eterna. Puedo vivir el hoy sin angustiarme, y confiando en Él, compartiendo ese gozo con los que me rodean, lo descubrirán y se enriquecerán. El que acoge a Jesús, lo disfruta y sabe que ya no tiene fin.

El que reniega del Espíritu, reniega de sí mismo, porque el amor de Dios que ha sido derramado en nosotros nos constituye. Hemos sido creados por el amor, ¿cómo viviremos la vida en este cuerpo? Si Dios está con nosotros, ¿quién nos separará del amor de Dios?

Miércoles, 16 de octubre de 2019

“Dios quiere hijos que vivan su Amor, no leyes”

Rm 2,1-11 Juzgando a otros, tú mismo te condenas.

Sal 61,2-9 Sólo Dios es mi salvación y mi esperanza.

Lc 11,42-46 ¡Ay de vosotros si dejáis a un lado la justicia y el amor!

Miramos la vida de los demás, y no somos comprensivos. Prejuzgamos sin saber qué está viviendo y cómo. Qué fácil nos resulta, y, sin embargo, qué poco edificante, qué poco nos beneficia.

Tú, en cambio, amas a todos y me amas a mí como soy. Miras el amor que pones en mí, en cada uno, y miras nuestras faltas con misericordia. Tu Palabra nos ha creado, nos haces según tu voluntad. Tú nos haces como “pieza” única y especial. Lo que necesitamos es descansar en Ti, confiar en ti, descubrir lo importante que somos cada uno para Ti; reconocer que Tú eres mi salvación, mi esperanza, la roca de mi fuerza...

La felicidad no depende de ocupar primeros puestos, del qué dirán, de que pocas o muchas personas me saluden en las plazas; tampoco me hará feliz crearme “bueno” por cumplir las normas; ni tener dinero, ni conseguir cosas... La felicidad consiste en practicar la justicia y acoger el amor de Dios; en creer y confiar que Tú estás conmigo, porque eres mi Padre y quieres que no viva enjuiciando a los demás ni buscando honores pasajeros que esclavizan, sino que me deje amar por ti, que eres el manantial de la felicidad; de ese modo, daré frutos de vida sirviendo a los hermanos.

Jesús no viene a juzgar ni condenar, sino a dar vida y que el mundo se deje salvar por él. El mundo está redimido, pero necesita dejarse salvar, sino a que le dejemos vivir en nosotros para hacernos la vida llevadera. Nos viene a decir: Tú déjame vivir en ti y, mi amor en ti, te impulsará a hacer maravillas: Amarás como yo te amo. No podrán separarte de mi amor y ya no habrá juicios ni condenas, sino un amor que se derrocha, que ama siempre y a todos. Mira, no vales por lo que tienes, sino por lo que eres. ¡Déjate hacer de nuevo!

Jueves, 17 de octubre de 2019

“Tenemos la llave del tesoro del amor de Dios”

Rm 3,21-30 El hombre es justificado por la fe.

Sal 129,1-5 Yo espero en el Señor.

Lc 11,47-54 ¡Ay de vosotros que no entráis ni dejáis entrar!

Jesús nos recuerda: ¡Ay de vosotros que habéis recibido el don de la fe, que habéis conocido el Amor de Dios, su Misericordia, y no lo apreciáis lo suficiente ni lo disfrutáis como deberíais! Dios es nuestro Padre, por tanto, somos sus hijos queridos, y todo lo pone en nuestras manos (Lc 15,31). ¿Qué hacemos con este tesoro de gracia que recibimos?

Sabemos que, por la fe en Cristo viene la salvación de Dios a todos los que creen en Él; y no hace distinción ninguna. Hemos sido justificados gratuitamente por la fe en Cristo Jesús y por el don de su gracia, en virtud de la redención realizada con su sangre. Por ello, Dios le constituyó Salvador y Justificador de todos lo que creen en Él. Por tanto, de todo aquél que se deja justificar, que lo acoge y lo recibe en su casa.

Él pone a nuestra disposición un gran Tesoro: La Gracia de Dios y su amor infinito. Entonces, ¿en qué consiste el tesoro? En dejarnos amar y disfrutar de su amor, amor que se vive y se desarrolla viviéndolo, amando como nos sentimos amados: Ama como yo te amo, nos dice Jesús.

No seas de los que no viven ni dejan vivir, ni disfrutas ni dejas. ¡Vive, hombre, y dejarás vivir a los demás! Tu vida manifestará lo amado que eres.

Jesús nos dice que la fuerza del Espíritu que le acompañó a Él, nos acompañará a nosotros, para que siendo testigos del cariño, la ternura, la bondad del Padre, nos sintamos justificados por Cristo Jesús, su Hijo, y así gocemos ya aquí y ahora de la esperanza a que somos llamados y de la riqueza de Gloria que nos espera (Ef 1,18 y ss).

Conscientes de nuestra “pobreza”, pero seguros de la gracia de Dios, clamemos con toda humildad: Señor, desde lo hondo de mi corazón te pido ayuda. ¡Señor, escucha mi súplica!

Viernes, 18 de octubre de 2019

San Lucas Evangelista

“¡Andad! Poneos en camino”

2Tm 4,10-17a El Señor me ayudó y me dio fuerza.

Sal 144,10-18 El Señor es fiel a su palabra, leal en todas sus acciones.

Lc 10,1-9 La mies es abundante pero los obreros pocos.

Somos muchos y el Señor necesita muchas personas que lo lleven en sí para ser sus testigos. A nuestro lado, multitud de personas ignoran su identidad, su esencia, su fundamento, y que son propietarios de un tesoro que les haría vivir dichosos: Que son hijos de Dios, que tienen un Padre que los ama con locura y que les puede hacer tremendamente felices si se dejan amar por él.

Pidamos con insistencia al Dueño de la mies que envíe obreros, apóstoles, pastores, santos, a esa multitud de gente desorientada que necesita con urgencia conocerle. Demos constantes gracias al Señor por el privilegio que nos ha concedido a nosotros al darnos a conocer su Amor y su gran Misericordia. Alegrémonos y seamos agradecidos porque, aunque conoce nuestra pobreza, nos ha elegido para ir delante de Él y anunciar que el reino de Dios está en medio de nosotros. Sólo tenemos que acogerle. Porque el Señor prometió estar con nosotros hasta el final y es fiel a su palabra. Él está cerca de todos los que le invocan con sinceridad.

Señor, ayúdanos a trabajar con alegría para que todos encuentren y disfruten del tesoro de tu Reino, para que llegue al mundo la justicia, la paz y el amor, y que podamos decir como Pablo: **La palabra ha sido anunciada y oída por todos.** Y, así, lleguemos a construir una fraternidad de hermanos en la que Tú seas el Padre y tu Amor nuestra gloria.

Señor, ayúdanos. Que experimentemos tu auxilio, como Pablo: **El Señor me ayudó y me dio fuerza.** Porque muchas veces, Señor, ponemos gran interés en los que nos rodean, pero no les manifestamos tu amor en nosotros. Queremos, Señor, pero aumenta nuestra fe, para que nuestra vida presente la tuya y el mundo recupere el proyecto que Tú tienes pensado para él.

Martes, 15 de octubre de 2019

Santa Teresa de Jesús

“Dios descubre su amor a los sencillos”

Si 15,1-6 El que abraza la Ley logra sabiduría.

Sal 88,2-19 Siempre cantaré el amor de Dios.

Mt 11,25-30 Venid a mí los que estáis agobiados, y yo os aliviare.

El que abraza el amor logra sabiduría, pues, Dios está en él. Para nosotros, la Ley es Jesús. Abrazar a Jesús es entrar en el conocimiento de Dios. Él nos revela el amor del Padre y nos introduce en una relación filial: **Nadie conoce bien al Hijo sino el Padre, ni al Padre nadie le conoce bien sino el Hijo, y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar.**

Jesús tiene una experiencia profunda de que Dios es su Padre: **El Padre ama al Hijo y le muestra todo lo que hace,** y quiere que su experiencia de saberse profundamente amado por el Padre la vivamos también nosotros: Dios es nuestro Padre y nosotros sus hijos amados.

Dichosos si no pretendemos ser sabios ni entendidos, sino que abrimos con sencillez y humildad nuestro pequeño corazón a la palabra de Dios, para que nos contagie su mismo Amor. Porque, relacionarse con Dios no es pensar mucho, sino dejarnos amar mucho; no todos saben razonar, pero todos pueden amar (Sta. Teresa).

Dichosos si nos acercamos confiados a Jesús y escuchamos su voz, que nos habla de entrar en un “tú a tú” con Él, para tener vida. Él nos llama y nos abre sus entrañas: Venid a mí y hallaréis en mí descanso. Aprended de mí que soy amable y humilde de corazón y encontraréis el camino.

Jesús no impone obligaciones, sino que viene a enseñarnos a dejarnos amar: **Como el Padre me ama, yo os amo.** Viene a decirnos que Dios, nuestro Creador, es nuestro Padre y está siempre de nuestra parte. Que Dios nos quiere hasta el extremo de entregarnos al Hijo, para rescatar nuestra humanidad pervertida. Porque su amor nos ama a todos por igual, su amor no puede amar de otra manera, porque Dios es Amor, y su misericordia nos alcanza a todos. El amor del Padre se nos da a conocer en el amor del Hijo.

Domingo, 20 de octubre de 2019 29º del Tiempo Ordinario

“El auxilio nos viene del Señor”

Ex 17,8-13 Mientras Moisés tenía los brazos alzados, vencía Israel.

Sal 120,1-8 El auxilio me viene del Señor.

2Tm 3,14-4,2 Proclama la Palabra a tiempo y a destiempo.

Lc 18,1-8 Jesús anima a los discípulos a orar sin desanimarse.

Hoy, las lecturas nos hablan de la importancia de la oración, de la súplica, de la relación necesaria con Jesús y con nuestro Padre Dios.

Vivimos muchas situaciones diferentes, unas buenas y otras malas, pero lo importante es cómo las vivimos. La oración la tenemos a mano, luego cada circunstancia la podemos vivir con aquél que nos ama.

Por eso, Jesús, nos anima a orar y para explicarnos cómo nos pone el ejemplo de una viuda que pide justicia al juez, de manera tan insistente que, al final, para que le deje en paz, el juez le hace justicia. De este modo, Jesús nos muestra que nuestra oración debe ser en todo momento y sin desanimarnos.

“La razón más alta de la dignidad del hombre consiste en su vocación a la unión con Dios, pues, desde su nacimiento el hombre está llamado al diálogo con Dios” (GS,19).

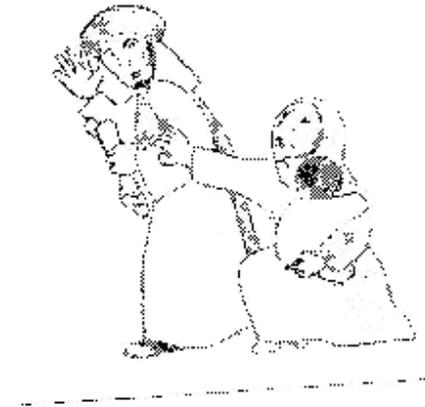
Para realizar una vida en plenitud, para llevar a cabo el proyecto que Dios ha previsto para mí, es imprescindible que me relacione con Él, que le pregunte qué quiere de mí, y sobre todo escuchar para saber qué quiere de mí.

Ante esta relación es fundamental saber qué conocimiento tengo de Dios, quién es para mí; porque mi trato depende de la imagen que yo tengo de Él.

Sta. Teresa de Jesús, decía: *“Orar es tratar de amistad, estando muchas veces a solas, con quien sabemos nos ama”*. Y el Vaticano II: *“A Dios hablamos cuando nos dirigimos a Él. A Dios escuchamos cuando leemos su Palabra”* (DV25). Y Jesús nos dice: Cuando oréis decid: ¡Abba, Papá! Es mi Padre y vuestro Padre, mi Dios y vuestro Dios.

Pautas de oración

Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos



que le gritan día y noche?

DIOCESIS DE ALCALA DE HENARES